

Prefacio

Conocer para actuar en situaciones límite

Conversar, escuchar, conocer

Una de las formas más recurrentes que nuestra especie ha desarrollado para poder enfrentar problemas graves es conversar sobre ellos. Solo se cumple esta acción, si quienes *conversan* se organizan y disponen para escucharse plenamente, más allá de la simple tolerancia de otros puntos de vista, sin encerrarse en sus propios recortes, sus metalenguajes, sus ideoslectos especializados y distintivos.

Escuchamos para transformarnos y al hacerlo, podemos modificar nuestra acción (o inacción) sobre tales problemas. Conversar con énfasis en la escucha, crea posibilidades, amplía puntos de vista y modalidades de acción, abre la imaginación a otras formas de lidiar con situaciones que nos afectan, nos han afectado y podrían seguir haciéndolo en el futuro. Si ese proceso de escucha se gestiona, se activa y funciona, es ahí donde entra en juego la necesidad del detallado *cultivo* del conocimiento, que lejos de ser una especie de juego mental (J. W. Lennon, *dixit*) sobre algo que nos sucede, nos lleva a asumir plenamente que *conocer es actuar*.

Decimos que *conocemos* “algo” cuando logramos elaborar y construir, detallada y progresivamente estos tres objetivos:

- 1) *Diferenciar* con precisión sus componentes, distinguir sus propiedades, identificar sus partes, describir con el mayor detalle posible sus características y comportamientos observables.
- 2) *Inferir* las relaciones que generan y producen (o inhiben) las diferencias entre los componentes y las características que nos ocupan. Ninguna estructura es observable de forma directa, por el contrario, *debe ser inferida* y al hacerlo podemos *comprender* mejor aquello que antes describimos.
- 3) *Explicar*, que consiste en mostrar el curso de las transformaciones de esas estructuras que se han ido configurando, desconfigurando y reconfigurando a lo largo del tiempo. Así operan las explicaciones causales, que para ciertas escalas y niveles de organización de lo que estudiamos,

habilitan nuestra capacidad para *interpretar* escenarios, ya sea algo que sucedió en el pasado (“ex post facto”), que acontece en el presente (“de facto”) y se prefigura en escenarios probables (“ex ante facto”).

Conocemos el mundo y sus diversos desafíos si conseguimos *diferenciar* mejor sus particularidades e *integrar* tales diferencias en nuevas, mejores y más finas interpretaciones. Y así conociéndolos, habilitamos nuestra capacidad para *actuar mejor* sobre ellas. Diferenciar e integrar son procesos interrelacionados que potencian una mejor acción ante los problemas que vivimos.

¿Cuáles problemas, cuáles preguntas?

El trabajo de conocer científicamente, que es solo una de las formas de conocimiento posible, comienza cuando tenemos un *problema*, es decir, una situación que por las consecuencias que implica su permanencia, no queremos que continúe, por lo tanto, definirlo y caracterizarlo adecuadamente es fundamental para el curso de las siguientes acciones. Pero la definición y caracterización de cualquier problema tiene en su origen —con toda certeza— un tipo de “interpretación” orientada por diferentes condiciones extra-científicas. No existen los problemas “en sí”, “evidentes”, porque una misma *situación* que para algunos acarrea *costos* (dolores, pérdidas, injusticias, despojos, desventajas, etcétera) que no están dispuestos a seguir pagando, para otros, no solo no son “costos”, sino directamente “beneficios”.

Podemos observar esta dinámica controversial, por ejemplo, en las recientes modificaciones a los impuestos sobre bebidas azucaradas en México y las diversas regulaciones para actuar en sentido contrario, fundamentadas en el conocimiento de la transformación inducida (y por cierto, adoptada) en la composición de la dieta de los mexicanos en los últimos 60 años, que hoy en día nos ha convertido en un país con enormes problemas de sobrepeso, epidemias de obesidad, diabetes y enfermedades no transmisibles. Para unos agentes sociales, es un asunto de “libertad de elección” en el mercado, mientras que para otros (muchos) constituye un enorme problema de salud pública. ¿Esto quiere decir que en la definición

de cualquier problema *científico* siempre hay (y habrá) una parte de *interpretación* derivada de las posiciones que ocupan quienes lo definen y lo viven? Efectivamente. No hay “problemas” sin una toma de posición frente a sus consecuencias.

Toda la historia de la ciencia nos muestra que los objetos de las diversas disciplinas científicas dependen siempre de un *marco epistémico*, de una “visión del mundo” social e históricamente generada, que para un cierto espacio y momento de la sociedad, condiciona *qué* problemas *deben* ser investigados, el *tipo* de preguntas que deben orientar la búsqueda, el desarrollo de los *conceptos* pertinentes, la estructura y composición de los programas y agendas de investigación así como de las circunstancias coyunturales que delimitan lo posible y lo probable en las investigaciones del campo de producción científica del momento (J. Piaget y R. García, *dixits*).

En otras palabras, la definición de cuáles sean los problemas a los que la sociedad mundial *debería* darle importancia, tiene siempre una dimensión interpretativa, social e históricamente delimitada que no podemos aislar de intereses concretos, económica y geopolíticamente orientados. Considero que es en este marco donde debemos colocar los esfuerzos internacionales de la orientación de los objetivos del desarrollo sustentable, de la composición de las metas de la agenda de 20-30.

No es el caso profundizar aquí en las diferentes posiciones críticas respecto a tales iniciativas, que se construyeron en foros internacionales y posteriormente se difundieron (y aceptaron o acataron) como orientaciones *razonables* para orientar iniciativas de investigación y conseguir financiamientos locales, nacionales, regionales o mundiales.

Tampoco creo que sea oportuno en este breve prefacio adentrarnos en qué tipo de marco epistémico, es decir, la delimitación valorativa, nunca “objetiva”, que subyace a dicha agenda; cuáles preguntas son “preguntables” y cuáles no lo son; sobre la interpretación “correcta” o consensuada de los “verdaderos” problemas a enfrentar, y de los objetivos y metas a conseguir.

Me parece más pertinente señalar el gran esfuerzo y voluntad institucional de la Universidad Autónoma de Baja California (Campus Ensenada) a través de su Facultad de Ciencias Administrativas y Sociales de no solo identificar la apremiante necesidad de conversar, sino de producir

una obra que diera la posibilidad de que científicas y científicos muestren los avances de sus reflexiones, iniciativas y actividades que contribuyen a la producción de conocimientos y a la habilitación de acciones para unir diferentes saberes capaces de “construir un planeta justo y sostenible”.

Los textos seleccionados para esta publicación fueron agrupados en cinco categorías (“Agua, medio ambiente y ecosistemas”; “Educación para toda la vida”; “Equidad e igualdad de género”; “Salud y bienestar”; y finalmente “Sociedad, cultura y crecimiento”), que cubren una gama variada de los Objetivos de Desarrollo Sustentable (ODS) avalados por la Organización de las Naciones Unidas. Todos conectados con graves retos y problemas que vivimos en el mundo.

Los resultados que aporta cada uno de ellos tienen una relevancia particular innegable. Son aportaciones puntuales que documentan, cada una a su manera, distintas características y propiedades de amplio rango sobre problemas e iniciativas para confrontarlos en el marco de los ODS.

El lector encontrará, sin duda, aportaciones concretas y precisas, problematizaciones documentadas y focalizadas dentro de ese amplio marco de objetivos.

Quedan abiertos algunos puntos que me parece pertinente señalar, con la esperanza de que esta iniciativa pueda ser difundida, comentada, discutida y en la medida de lo posible, continuada.

Cuando las disciplinas ya no nos alcanzan (pero sin ellas nomás no se podrá)

Unir saberes frente a situaciones graves, me parece que es un desiderátum de altísima relevancia, porque reconoce que la dimensión de los problemas contemporáneos no puede ser conocible desde solo las disciplinas aisladas.

El reto es descomunal, pero no lo es solo porque no existan experiencias sobre la configuración de los procesos de trabajo científico llamados –a veces con excesiva ligereza– *inter* y *trans* disciplinarios.

En el primer caso, que toca al conocimiento *interdisciplinario*, necesitamos comprender, y en consecuencia generar, acciones que nos permitan percibir y orientar los esfuerzos de investigación, no solo al diálogo escuchante ocasional, sino a entender de otra manera *algo que se encuentra más*

allá de la necesaria, pero incompleta, figura del diálogo ecuménico entre las disciplinas en el que, cada uno aporta lo suyo, lo propio en el amplio formato de *variaciones* sobre un tema.

Porque no acabamos de organizarnos para entender lo que subyace a una vasta gama de problemas tan lacerantes como aberrantes, que vivimos todos los días en las sociedades actuales, inmersas en una vorágine insostenible, que degrada el medio ambiente, la convivencia social, la salud colectiva; una educación “sentimental” (Flaubert *dixit*) excluyente, boyante de ideologías supremacistas e intolerantes, negacionistas y violentas, “fundamentadas” en privilegios de origen divino, genético o geográfico, por encima de los derechos, individuales, colectivos y ambientales.

Todos ellos ebulLEN dentro de la crisis de la propia Organización de las Naciones Unidas y su multilateralidad *de jure*, pero que *de facto* se muestra incapaz para detener eficientemente genocidios e injusticias de lesa humanidad que presenciamos —inertes— en *tiempo real*. ¿Cuál genocidio? (Netanyahu, *dixit*).

Es *otra* manera de comprender el conocimiento *interdisciplinario* requiere de la inversión activa y el compromiso de dedicar recursos en colectivos multidisciplinarios para *investigar qué es lo que hay que investigar*. Es necesario sensibilizar y transformar las instancias administrativas y ejecutivas de las organizaciones académicas.

No basta el puro “encuentro” y “diálogo” entre diferentes disciplinas que comparten un tema --y en el mejor de los casos—un problema en común, porque en ausencia de una proximidad dialogante y una estrategia metodológica, tan específica como inédita, eso simplemente no sucederá jamás. *Esperar lo inesperado* (Heráclito y Piaget, *dixits*).

Me parece que el reto mayor está en imaginar y generar un *nuevo objeto de estudio*, que fundamentado en lo que cada disciplina es capaz de producir con suficiencia y destreza en una fase inicial de *diferenciación* rigurosa, haga posible imaginar en sus propios límites, pero dentro de una siguiente y necesaria fase de *integración* el descubrimiento de las *relaciones de interdefinibilidad* (Rolando García, *dixit*) que modelan los resortes de la emergencia, la resiliencia y la vulnerabilidad que subyacen a ese amasijo coordinado de aberraciones con consecuencias terribles e indeseadas, pero siempre en proceso de transformación.

Eso no se estudia, no se financia ni tampoco se consigue “juntando disciplinas”. Esas relaciones de *interdefinibilidad*, son invisibles a las disciplinas (juntas o disjuntas) y resultan insensatas para las administraciones académicas.

Por eso habrá *también* que generar el conocimiento de la estructura y operación de las instituciones especializadas en la formación de profesionales del oficio de *conocer*, las científicas y los científicos, porque las formas sociales en que nos organizamos para producir el conocimiento se *inscriben* en el contenido mismo del conocimiento que generamos.

A las estructuras rígidas, verticales, aferentes, productivistas y extractivistas, corresponden productos de conocimiento con esas mismas características. Muy útiles, eso sí, para *ganar* y acumular puntos en las evaluaciones de pares --*pilones*, en este caso, “académicos”-- (Televisa de los años 1990’s, *dixit*), pero infértiles en la medida en que el conocimiento que producen, es decir, las nuevas diferenciaciones e integraciones de sus objetos no habilitan *una mejor acción* que avance en la lucha contra las consecuencias del problema que duele y lastera.

Para ello, tenemos que mejorar y ensanchar nuestra propia *cultura científica*, que tosca, inflexible, cerrada y --valga la desafortunada redundancia-- científicamente desactualizada, prevalece en las instituciones de formación, en sus cuadros administrativos y en los propios agentes especializados. Será necesario adaptar y evolucionar para transformar la formación de científicos y científicas con otro *rostro* y otro *corazón* (“In ixtli, in yólotl”, León Portilla, *dixit*) así como los mecanismos de evaluación individualizantes y orientados al síndrome académico del *peiperismo* obsesivo --“publish or perish”-- (W. M. Davis *dixit*) y a la correspondiente compulsión productivista que empuja más al cumplimiento de metas cortas por recompensas inmediatas, a mostrar músculo académico por la cantidad, sin importar la calidad, ni la trayectoria y relevancia social de lo generado, que al cultivo detallado de la --desafortunadamente muy escasa-- imaginación creadora (Einstein, *dixit*).

Por lo que corresponde al segundo caso, la investigación llamada transdisciplinaria, ello implica la generación profesional de conocimiento interdisciplinario, transversal de esas relaciones de interdefinibilidad atrás mencionadas, pero con un trabajo extra dedicado a la inclusión desde el

inicio del proyecto de aquellos agentes sociales que solo aparecen en los indexados textos de investigación en calidad de “unidades de observación” o todavía peor, como “objetos de estudio”.

Los casos de puro y duro *extractivismo* científico o cognitivo (Grosfoguel, *dixit*) configuran desafortunadamente una extensa práctica, sostenida y justificada por la distinción de aquellas personas responsables por la creación de conocimiento intoxicados en aquella lógica del “publica mucho o perece pronto”.

En esos casos, habrá que enfrentar el reto de incorporarnos como *sujetos de conocimiento* (O. Fals Borda y P. Freire, *dixits*), con quienes viven en primera persona y de cuerpo presente (individual o colectivo), las consecuencias de esos problemas *aberrantes*, pero que también son sujetos plenamente cognoscentes, y al modificar conscientemente las formas de organización para la producción de ese conocimiento faltante, se hace posible una forma de *conocer* enraizada capaz de habilitarse en diversos cursos de *acción* para enfrentar las condiciones de silenciamiento y oclusión histórica de quienes fueron diseñados *para no ser* “profesionales” del conocimiento; aquellos que solo “participan” en los textos como interesantes “objetos” de estudio, como convidados de piedra (Tirso de Molina, *dixit*).

Pero, terminemos de una buena vez, ¿es todo esto *posible*?

La respuesta es no. No *es* posible.

Tenemos que prepararnos y organizarnos de otras formas para *hacerlo posible*.

¡Enhorabuena por este texto, fruto de una voluntad abierta en esta dirección!

Dr. Jorge A. González
RIICCA, CEIICH, UNAM
Ciudad de México, septiembre de 2025

<https://doi.org/10.61728/AE20254209>



